Mioma uterino - Jang

¡Cuán agradecido es poder escribir este texto escuchando el entrañable coro de los insectos del campo en un lugar donde se divisan el cielo azul y un hermoso jardín! ¡El Betel Suyangwon, la casa de Dios, a la que nunca habría podido llegar sin la guía de Dios!

Conocí a mi pareja tarde en la vida, dejé mi trabajo y me preparaba para el matrimonio, pasando días felices. Cuando se acercaba la fecha de la boda, empecé a prestar atención a mi cuerpo y noté que el vientre bajo estaba abultado y se palpaba algo duro como un bulto. ¿Qué es esto? No sabía cuándo había aparecido, pero se palpaba algo bastante grande y el miedo me invadió. Pensé que tal vez mejoraría en unos días, pero no hubo ninguna mejoría, así que fui al hospital con la persona con quien me iba a casar, y el resultado fue realmente impactante: un mioma de 10.5 cm, varios más pequeños y hasta un quiste en el ovario.

Al verlo todo oscuro, lloré y lloré en el banco del hospital. Pensaba que viviría cómodamente bajo la sombra de mi esposo en el nido familiar del que todos hablan, ¿y ahora me cae este rayo en pleno día? Me lamentaba preguntando por qué me había sucedido esto a mí, que había vivido más recta, bondadosa y diligentemente que nadie, y si Dios existe, me parecía demasiado cruel.

Como si no hubiera salida alguna, pasé varios días sin comer ni beber, solo llorando. No podía casarme con este cuerpo y cortar la descendencia de la familia de otro, y no quería hacer difícil el poco tiempo que quedaba para ser feliz en un matrimonio tardío, así que cancelé todos los planes de boda.

Pero al saber cuánto dolor y sufrimiento le causaban esos pensamientos a esa persona, y sabiendo que yo también, si estuviera en la posición opuesta, me casaría con él sin vacilar, después de muchas vicisitudes nos convertimos en marido y mujer.

Después de eso, busqué en varios hospitales de medicina occidental y oriental, y decían que el grande se veía de 13.5 cm, y que el embarazo era impensable; todos coincidían en que la cirugía era urgente y que no había otro método.

Pero al ver que los miomas, incluso operados, volvían a crecer y requerían nuevas cirugías, y que finalmente se extirpaba el útero, pensé que la cirugía no era la solución definitiva. Empecé a sentirlo como un mensaje urgente de que algo necesitaba un cambio fundamental en mi conciencia y en mi vida, y comencé a buscar si existía algo que pudiera cambiarme a mí y transformar toda mi vida.

Entonces, un día, mientras iba en el metro, cayó ante mis ojos por casualidad un folleto arrugado y viejo titulado <Vegetarianismo y Vida>. El número de teléfono de consulta de salud del Sijo-sa que había dentro me pareció el camino por el que podría recibir ayuda, y así, tras 21 días de sed, llegué a conocer el Betel Suyangwon.

Cuando todos me persuadían y apremiaban cada día diciendo que la cirugía era urgente, no era nada fácil pasar por encima de esa presión e inquietud y actuar firmemente según mi propia voluntad. Pero decidí que al menos en este asunto elegiría yo y decidiría sin arrepentimiento, ¡y cuánta fuerza y gratitud me dio mi esposo, que siempre me creyó y respetó mi decisión!

El Betel Suyangwon nos pareció un lugar realmente extraño. Decían que el costo no estaba fijado y que cuando volviéramos lo hiciéramos con generosidad según nuestras posibilidades; era desconcertante, pero fue un impacto refrescante.

Comencé de inmediato la dieta de frutas y escuché la conferencia del director cada mañana. Nunca había ido a una iglesia, y ambas familias eran budistas, y yo también había estudiado budismo, así que al principio era algo extraño, pero al tercer día, las palabras «Yo muero cada día y Cristo vive en mí» resonaron en mi corazón.

Este lugar, iluminado por la luz de la Palabra y purificando el cuerpo con la dieta de frutas y aclarando la mente, me permitió ver bien la realidad del yo que antes no podía ver. Cada día moría innumerables veces en el horno, y asombrosamente, mi diario se llenaba con el arrepentimiento de cada día.

Al tercer día de la dieta de frutas, los ojos hinchados e inyectados de sangre, y los síntomas de rinitis como flemas y estornudos, desaparecieron. Comí con toda

sinceridad y sin dejar ni una semilla ni una cáscara esta fruta dada por la sangre y la carne de Jesús, y disfruté con mucha gratitud y alegría el maná que era el amor y la gracia de Jesús y el remedio para mi cuerpo.

Al día 14 de la dieta de frutas, mi esposo vino, palpó mi vientre y, sorprendido, dijo: «¿Dónde se fueron todos esos?», alegrándose; y entonces supe que mi peso había bajado unos 7.5 kg y que el mioma casi había desaparecido hasta el punto de no palparse.

Otras personas eran sensibles a los síntomas de la enfermedad y a las reacciones de mejoría, pero a mí me gustaba tanto la Palabra de Dios que despertaba en mí al encontrarla a través del director, que estaba absorta en leer la Biblia.

Las conferencias del director, como si conociera toda mi mente, me transmitían cada mañana las palabras que necesitaba, y una madrugada, el pasaje «Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar» pasó por mi mente, y el conocimiento de que Jesús ya había llevado todas nuestras cargas y trabajos llegó a mi corazón. ¡Que no tengo carga ni trabajo que llevar, pero que mi yo existe y me está dando ese sufrimiento a mí misma!

Y a continuación se me hizo comprender «La verdad os hará libres», y la verdad de que ya hemos sido salvados del sufrimiento y el trabajo de la vida por la sangre preciosa de Jesús hizo que aquella madrugada conociera el verdadero sabor de la libertad. Era feliz. No, la sensación de que todas mis células eran felices y plenas era una libertad realmente indescriptible. Quería bailar y estaba tan alegre que parecía que iba a volar por la ventana. Entonces también pude saber por qué debía agradecer y alegrarme.

¡No me queda otra que vivir según las palabras «Estad siempre gozosos, dad gracias en todo»!

Y por primera vez hice ante Dios la oración «Viviré según la Palabra de Dios» y la confesión «Gracias, te amo».

Desde esa experiencia de gratitud, las palabras de la Biblia me llegaron más fácilmente, cada madrugada se me acumulaba saliva dulce en la boca y el apetito volvió por completo, no solo no había ningún dolor sino que el mioma abultado ya no se palpa.

Doy sinceras gracias a Dios Padre, que me hizo cantar siempre el himno de la felicidad, ¡y también profundo amor y gratitud al director que me hizo encontrar a ese Dios!